

Sonia Rossi

Fucking Berlin

Estudiante o prostituta



Título de la edición original: *Fucking Berlin*

Primera edición en esta colección: Mayo, 2009

© Sonia Rossi, 2008

© de la traducción, Schwulia H. von Brz, 2009

© de la presente edición, 2009, Ediciones Ámbar, S.L.

Rambla Can Mora, 18, local 2, 08172 – Sant Cugat del Vallés (Barcelona)

<http://www.ediambars.es>

Printed in Spain

ISBN: 978-84-936784-8-7

Depósito legal: B-18532-2009

Impreso y encuadernado en LIBERDUPLEX

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Para P.

Intro

El tren había dejado los Alpes atrás y rugía a través de esa noche de enero sin luna. El viento silbaba dentro del vagón colándose por las hendiduras de las ventanillas. En el pasillo, una mujer gorda se abría paso a duras penas con un bebé dormido bajo el brazo y arrastrando una maleta con ruedas.

Atrás quedaban para mí Italia, los días de fiesta de la Navidad pasada junto a mi familia y los viejos compañeros de escuela, que todavía resisten en la isla volcánica de Sicilia, en la que yo me he criado. Faltaba todavía mucho para Berlín, unas diez horas por delante cruzando campos y pueblecitos adormecidos en una tierra que desde hace cinco años conozco a la perfección, mucho mejor que la mayoría de los alemanes.

No conseguía dormir y miles de pensamientos me venían a la cabeza. Por si fuera poco, la cama de la litera donde estaba comprimida no era muy cómoda, precisamente.

Y entonces alguien entró en el compartimiento. Durante un par de segundos la luz que de repente saturó la cabina desde el pasillo me dejó ciega, luego reconocí dos

piernas de hombre y oí cómo arrojaba sus pertenencias en la litera de arriba, por encima de mi cabeza. El hombre tenía unos treinta y largos, llevaba un anorak de diferentes colores, unos vaqueros Levi's que habían dejado sus mejores años atrás, y unas deportivas Adidas.

Yo sabía que en algún momento me apetecería salir a fumar un cigarrillo, lo que evidentemente estaba prohibido hacer dentro del vagón. Eché mano de mi paquete de Marlboro Lights, empujé en silencio la puerta del compartimiento y me deslicé con sigilo hacia el corredor.

De pronto me di cuenta de que el joven que había entrado antes se encontraba ahora a mi lado y sostenía la llama de un mechero frente a mí. Tenía el pelo despeinado y era un poquito más alto que yo. Con los pitillos en la mano nos sonreímos mutuamente como dos paisanos que se encuentran en el extranjero. Son momentos como estos los que justifican que siga siendo una fumadora empedernida: una puede trabar amistades enseguida.

Apenas habíamos echado un par de caladas cuando retronó desde algún lugar la voz cabreada de una mujer.

—Está bien —respondió el hombre joven—. Ya nos vamos al vagón restaurante.

Nos sentamos en la barra. Una camarera que estaba aburridísima nos trajo dos cervezas Becks extraordinariamente encarecidas. Supe entonces que el joven desconocido se llamaba Jörg, que trabajaba en Suiza como tejador y que se dirigía hacia Rostock para encontrarse con sus hijos.

De pronto me di cuenta que me había quedado su mechero... una estúpida costumbre mía. Lo examiné antes de devolvérselo. En el dorso tenía grabado con letras mayúsculas el nombre de «Manuela».

—¿Tu mujer? —pregunté curiosa.

—Ex mujer —respondió bajando la mirada.

—Vaya, lo siento. —Espero que ahora no se me eche a lloriquear, pensé yo.

—Yo también... Pero ya es agua pasada. Estamos separados desde hace un año —dijo, quedándose un ratito en silencio y luego tomando un sorbo de su cerveza antes de continuar—. Al final ya sólo nos peleábamos, ¿sabes? Pero al principio nos queríamos con locura. Y después empezaron los problemas. Ella se quedaba en casa con los niños y me culpaba de que yo no hacía más que salir por ahí con mis colegas. Y eso que me pasaba la semana entera trabajando en la obra y siempre estaba de vuelta a casa a las seis de la tarde. Sólo me iba a tomar una cervecita los viernes después del trabajo. ¿Quién puede negarle eso a un buen padre de familia? —se preguntó como si se sintiera culpable de algo.

—Claro que sí —respondí yo—. Pero la pregunta es otra: ¿Cuándo se tomaba ella una cervecita después de estar trabajando el día entero?

Otra vez en silencio. Un borracho que había en una esquina del bar empezó a berrear frases absurdas desde su rincón:

—¡Son todos unos cerdos! ¡Sí, los de ahí arriba! —y cosas por el estilo. Jörg y yo nos echamos a reír.

—Ya, tienes razón —dijo Jörg a continuación—, pero a mí no me habría importado que ella saliera tranquilamente los sábados por la tarde. Ya hubiese cuidado yo de los niños. En cualquier caso, la verdad es que nunca tenía ganas de salir. Todas sus amigas también son madres, y supongo que no les va mucho eso de irse de fiesta, que digamos.

Yo ya sabía lo que iba a venir a continuación.

—¿Sabes? Antes siempre le gustaba ponerse guapa. Por aquel entonces llevaba el pelo largo, muy rojo, y se ponía vestidos negros de puntilla muy ajustados para ir a la discoteca. Eso me volvía loco —añadió. Otra vez parecía sentirse culpable. Yo sonreía con cierta suficiencia—. Además, tenía un cuerpazo impresionante, con unas piernas delgadas pero robustas, una cinturita... En fin, no sé, como tú.

—Gracias —le respondí— ¿Y ahora? ¿Ya no es tan guapa? —le lancé a modo de pregunta retórica.

Jörg se lo pensó un poco.

—Pues no sé. Quizá, si se cuidara un poco más, todavía estaría guapa. Pero ya no va a la peluquería, ni se maquilla, y anda por todas partes con pantalones de chándal. También tiene un par de kilos de más, por el embarazo. Un día le sugerí sin mala fe que fuéramos juntos al gimnasio, pero empezó a gritarme que yo no la quería aceptar como era y cosas así. Y entonces lo dejé correr. ¿Sabes? En el fondo yo la quiero todavía...

Me tuve que reír sarcásticamente, por dentro, claro está: este cuento ya me lo sé. Lo he oído infinitas veces.

—¿Lo entiendes? —preguntó Jörg.

Yo asentí con la cabeza.

—Conozco a mucha gente a la que la vida les va de una manera parecida. ¿Sabes? Soy algo así como una consejera profesional de corazones —le respondí.

Nuestras copas estaban vacías. Nos dejamos traer una botella de Prosecco.

—¿Y tú? ¿A qué te dedicas? —quiso saber él.

Pero no le dije nada. ¿Debía dejar creer a este tejador de Rostock que yo era una estudiante trotamundos que ya

tenía, quizás, un poquito de experiencia con hombrecitos? ¿O una camarerita muy trabajadora que escuchaba las historias de los hombres solitarios en las barras de los bares para poderse permitir un viaje a su patria italiana con el dinerito de las propinas?

Estas mentiras me parecían siempre demasiado pesadas. Y sin embargo, muchos de mis conocidos creían de verdad que yo trabajaba en un restaurante. Hay que saber muy bien a quién le cuentas la verdad.

Qué extraño, pensé. Estamos en pleno siglo XXI y todavía vivimos atrapados por los mismos tabúes de siempre. En cualquier caso, caer en estas historias es lo habitual si te conoces en un tren y te pones a beber Prosecco. Sin embargo, ese día y en ese preciso instante ya todo me daba igual. En un par de horas nuestros caminos se separarían para siempre y yo ya estaba lo bastante borracha como para mirarle directamente a los ojos y decirle:

—Soy puta.

La cara de Jörg se puso rojísima. De repente se hizo un gran silencio. Únicamente se podía oír el hilo musical del vagón restaurante y el traqueteo monótono del tren, que avanzaba a toda velocidad sobre sus raíles.

—Eh... esto... ¿y cómo lo llevas? —preguntó Jörg después de lo que pareció una eternidad.

—Bueno, te acostumbras —respondí con una sonrisa irónica.

Al principio de mi carrera como puta, ya había oído esta frase miles de veces en boca de otras mujeres, de esas tías descaradas, las que están quemadas por la vida, esas que parecen tan duras, aun cuando muchas de ellas no hagan más que esconder su vulnerabilidad. Y ahora era yo quien utilizaba sus palabras exactas. Me gustaban, detrás

de ellas dejaban un sabor... una extraña sensación de seguridad en mí misma.

—Vaya, nunca lo hubiera dicho... —respondió Jörg, y empezó a mordisquearse nervioso el labio inferior.

Tenía unos labios rosados en forma de corazón y algo asimétricos que no pegaban para nada con su barba de tres días y su torso musculoso, pero que suavizaban sus rasgos. Me podía imaginar muy bien que su mujer se habría enamorado precisamente de aquella mezcla. La verdad es que a mí también me gustaba, tal vez por la misma razón, porque la mayoría de los hombres siempre me han parecido estar hechos de pedazos distintos. Sufren penas de amores y se consuelan con las putas porque ellas les son indiferentes, en el mejor de los casos. Se las follan por dinero y en medio de la faena empiezan a lloriquear. Se te corren en la boca y tres segundos después te dicen que tienes que cuidarte, que deberías terminar los estudios, encontrar un buen trabajo y casarte con un buen tío. Uno como ellos mismos.

—Muy pocos lo dirían —respondí finalmente—. Te sorprendería saber la cantidad de mujeres que ejercen la profesión de la calle. Muchas más de las que piensas. Quizás la panadera a la que vas a comprar cada mañana tus panecillos para el desayuno. O esa madre soltera tan simpática que vive en el piso de arriba, de donde sale ese olorcillo a pasteles todos los fines de semana. Mira, tío, vivimos en la época de los subsidios del gobierno. Te aseguro que no hay otra manera más rápida de ganar pasta que...

—Anda ya —balbuceó—. ¿Me estás diciendo que cualquiera se puede dedicar a eso? Mi mujer, por ejemplo, o mi hermana... No, estoy seguro de que antes preferirían morirse.

—No creas —respondí—. La primera vez que te empieza a doler el estómago se caen muchas barreras mentales, y más rápido de lo que te imaginas. Te quedarías alucinado. Para mí también era un tabú. Vengo de una buena familia, unos aburguesados. Les daría un ataque al corazón si lo supieran. —Pensé en mi abuelita, sentada bajo el árbol de Navidad pelando manzanas para mí.

Ahora Jörg me miraba con otros ojos. Hasta hacía unos pocos minutos yo había sido una compañera de viaje más, una chica normalita con la que pasar el rato. Ahora había desconfianza, curiosidad y cierta compasión en su mirada.

—¿Sabes? —dijo con la voz vacilante—, la verdad es que había decidido intentar dormir un poco esta noche, pero, *bah*, a la mierda. Cuéntame algo de tu vida.

Yo miré el reloj. Era casi medianoche y todavía quedaban siete largas horas hasta nuestro destino, hasta Berlín. Jörg pidió una segunda botella y me estuvo escuchando hasta que el tren llegó a la estación principal de Berlín.

1

Berlín, finalmente

Provengo de la típica familia burguesa italiana y tuve una infancia bastante cuidada y protegida del mundo exterior. Vivíamos en una de las islas Eolias, al lado de Sicilia, mi padre era el propietario del restaurante de un hotelito y mi madre trabajaba como bibliotecaria.

Apenas tenía yo dieciocho años cuando este mundo se me hizo demasiado estrecho y asfixiante.

Sentía que el amor y los cuidados constantes de mis padres me ahogaban y ansiaba lanzarme a campo abierto, hacia la libertad y la aventura, hacia todo aquello que en el mundo limitado en el que había nacido no podía encontrar. De todas las ciudades que me venían a la mente para empezar una nueva vida, Berlín me parecía la más prometedora.

En el verano de 2001 llegué, ligera de equipaje, a la estación de trenes del Zoo. La primera semana en Berlín la pasé bajo un estado de trance, fascinada por la cultura extranjera, la vida nocturna y los hombres exóticos que me encontraba en las discotecas. Cualquier ligue bajo estas condiciones no me duraba más de una sola noche... por

suerte. En aquel entonces lo último que yo quería era un novio estable.

Mi plan era empezar mis estudios de Matemáticas en la universidad un año más tarde. Quería aprovechar el tiempo hasta entonces para aprender alemán tan bien como fuera posible. Me compré un diccionario y cada tarde aprendía vocabulario como una posesa. Mi ambición me exigía llegar a dominar un día esta lengua extranjera como si fuera la mía propia.

Alquilé un piso en la zona no muy chic del Moabit y me las apañaba como podía arrastrándome de un trabajo al otro, siempre con muchas esperanzas al principio y luego cada vez más desmotivada. Empecé trabajando como camarera durante una temporada en un café de Charlottenburg, un barrio acomodado del oeste de Berlín, por cinco miserables euros la hora. Después trabajé como canguro cuidando a los niños de una familia de Grönewald, uno de los barrios más ricos de Berlín. Los cinco niños de la casa eran revoltosos y malcriados. La madre se sentaba en el jardín bajo una sombrilla blanca y se dedicaba a matar el tiempo ojeando aburridas revistas de salud nutricional y alimentos bioecológicos o sobre el arte de cuidar plantas exóticas. Teóricamente, mi misión consistía en «estimular» a su prole con prácticos juegos pedagógicos y cuentos la mar de instructivos. Pero a los cinco monstruitos no parecían interesarles demasiado aquellas cosas. Preferían quedarse sentados mirando la caja tonta, comiendo ositos de goma y patatas chips en vez de manzanas biológicas o rompiendo cualquier objeto de porcelana que encontraran a su paso. Después de unos cuantos comentarios críticos de la madre sobre mi sorprendente falta de entusiasmo, renuncié a este empleo

y me puse a trabajar de nuevo en un bar, esta vez en Wilmersdorf.

Con la cantidad de clubes nocturnos que había en la ciudad, lo habitual es que por la noche me fuera a bailar por ahí. En una de esas noches de discoteca estaba yo ensimismada y perdida en mis propios pensamientos, con mi camiseta roja, unos pantalones de cuero y el pelo largo y suelto, cuando, de repente, vi frente a mí a un chico con dos cubatas de naranja y campari. Era apenas un poquito más alto que yo, llevaba una sudadera con capucha muy usada, pantalones anchos y unas botas militares demasiado grandes. Tenía la cara angulosa y el gesto apacible. Sólo en sus ojos había una cierta fijeza, una casi vigilancia: «ojos de gato», fue lo primero que se me pasó por la cabeza; ojos azules e impertinentes, como una luz cegadora que una no espera que le hiera en la cara después de una noche de baile.

Apartó a un lado de un empujón al tío con pinta de motorista que había estado rondándome mientras bailaba y me besó. Lo encontré tan sexy desde el primer instante que dejé que todo eso ocurriera. Su lengua sabía dulce, su aliento olía agradablemente a alcohol. Justo cuatro semanas antes, unos pilotos kamikazes al mando de un par de aviones comerciales se habían estrellado contra dos rascacielos de Nueva York; la economía mundial amenazaba el colapso, el desempleo subía y subía. Y aún así yo seguía bailando y besuqueándome con aquel chico completamente desconocido para mí, y mis pies eran cada vez más ligeros mientras yo me emborrachaba más y más.

—No esperes mucho de este —me susurró medio en broma al oído una colega del trabajo que esa noche había venido conmigo, mientras bebíamos champán en la ba-

rra—. Es un golfo de la calle, un polaco. Está bien para follar. Pero no te enamores de él.

—¡Qué va! —respondí yo, bastante aburrida de sus consejitos. Me senté sobre el regazo de aquel hombrecito y seguimos morreándonos hasta que cerraron el club. Cuando salimos a la calle ya era de día.

El trayecto hasta mi piso me pareció increíblemente largo. Yo iba mirando cómo las agujas de los campanarios desaparecían entre nubes rojizas, y observaba a los padres responsables de familia que a esas horas ya habían salido a la calle en busca de los panecillos recién hechos para el almuerzo del domingo. Mi compañero de viaje no dijo nada en todo el camino. Sus ojos tenían ahora otra mirada, estaban melancólicos y parecían casi fríos. Me miraba fijamente, como si yo fuera la única persona en el mundo en quien pudiera confiar. Aquel hombre era completamente distinto a mis anteriores amantes. La mayoría de ellos intentan contarte lo más pronto posible la historia de su vida y la exageran, por regla general. En cambio, el chico que tenía a mi lado no pronunció ni una sola vez su nombre. No supe cómo se llamaba ni cuando ya estábamos haciendo el amor en mi piso, y por primera vez desde que estaba en Berlín sentí que me inundaba un sentimiento de felicidad.

Me levanté con los rayos del sol que se colaban por entre mis cortinas azules y polvorientas directamente hasta mi rostro. Nada más despertar me invadió un nerviosismo extraño. ¿Se levantaría y se iría sin decir una sola palabra? ¿O se buscaría alguna pésima excusa para escabullirse? Yo esperaba que él se vistiera muy rápido y desapareciera para siempre de mi vida, sin justificarse. Siempre he odiado la cháchara del día después, por mucho que haya que-

dado claro que lo de la noche anterior ha sido sexo y solo sexo. Él estaba en la cocina y descalzo sobre las baldosas amarillas, e intentaba hacer un café. Sus cabellos estaban todavía más despeinados que la noche anterior.

—Se me ha ocurrido que a lo mejor te gustaría venir conmigo al parque de atracciones —me dijo mientras embadurnaba una sartén con mantequilla—. He quedado allí con un amigo.

Por unos segundos creí que lo había oído mal. Luego todo se quedó en silencio hasta que la mantequilla empezó a crepitar y la cafetera ya escupía vapor como una vieja locomotora.

—Pero ¿no te vas a tu casa? —pregunté.

—¿Debería? La verdad es que no tengo muchas ganas. Preferiría ir contigo a cualquier parte.

—Dime cómo te llamas, por lo menos.

Me miraba entre agotado y contento al mismo tiempo.

—Me llamo Ladislav —respondió—. Ladja, para ti.

Paseamos sobre la hojarasca del parque de atracciones Plänterwald con las manos entrelazadas. Ladja seguía mirándome de reojo con cariño. Era un maravilloso día de otoño. El aire olía cálida y dulcemente. La multitud quería disfrutar a toda costa de los últimos rayos de sol. El parque bullía con el gentío y por todos lados se veían familias con niños brincando con impaciencia, haciendo cola para comprar salchichas o para subirse a la noria gigante, o esperando hacerse una foto con los payasos de la feria.

En la entrada del parque nos habíamos encontrado con el hombre que había quedado con Ladja. Supuse que tendría unos treinta y tantos y desde luego tenía su estilo propio. Llevaba unas gafas de sol estilizadas, un polo blanco y unas deportivas también blancas. Ladja, cansado to-

davía por haber pasado la noche sin dormir, parecía un perrito faldero a su lado. Me pregunté qué podían tener en común un tipo como este con un joven tan pobre como Ladja.

El amigo de Ladja nos pagó la entrada del parque.

—Siempre lo hace cuando salimos por ahí —me susurró Ladja al oído.

Pensé que debía de ser una simpática costumbre berlinesa. Quien tiene dinero invita a sus amigos. La próxima vez, me dije para mis adentros, seremos Ladja y yo quienes le invitemos a una cervecita. De puta madre.

—He traído todas mis cosas —anunció Ladja cuando al día siguiente se presentó de nuevo en mi casa, como si fuera lo más normal del mundo haber decidido quedarse a vivir conmigo. En su mochila había un par de calcetines, una camiseta de la Loveparade del 2001, un *walkman* sin pilas y un destornillador—. Tengo todavía más cosas —dijo él como si quisiera disculparse.

Yo misma había traído poquísimas de mis pertenencias de Italia, pese a lo cual, y en comparación con lo suyo, en ese momento mis miles de ropitas esparcidas caóticamente por el suelo parecían un tumulto desbordante de objetos comparadas con sus cosas. Siempre he pensado que la gente compra compulsivamente, acumula para la eternidad, y cuando se muere, todas sus pertenencias terminan en alguna tienda de Cáritas o en las buhardillas de algún nieto, así que más vale ir ligerito de equipaje. Con todo, no había podido separarme de mis viejos libros, por ejemplo, los escritos de Karl Marx, *Las desventuras del joven Werther*, *El principito*, *Juan Salvador Gaviota*, y los tres tomos de matemáticas avanzadas.

Ladja no leía, como descubrí muy pronto. Le aburría.

Tampoco compraba nunca ningún periódico y no tenía opiniones políticas. Parecía vivir al día. A mí esto me parecía bastante extraño, aunque su estilo de vida tenía algo de desarraigado y libre que me parecía bonito. Me contó que un par de años atrás se había pasado un verano haciendo autoestop en Polonia. Cuando necesitaba dinero, limpiaba los cristales de los coches y tenía mucho éxito con los turistas gracias a su carita de niño y sus maneras atentas. No se había quedado en ninguna ciudad más de tres días y siempre que se aburría se desplazaba al siguiente lugar. Me lo imaginaba así: con el viento mesándole los cabellos y pasando las noches en los bosques bajo las estrellas, él solo, su propio amo y señor, sin lazos, libre como un pájaro en vuelo... Y yo me admiraba y lo envidiaba por igual.

Ahora Ladja vivía conmigo. No lo habíamos decidido oficialmente, pero ya nunca se llevaba la mochila consigo cuando salía de casa. Yo no me enteraba de lo que hacía exactamente durante todo el día. Cuando se lo preguntaba obtenía solo vagas respuestas, como:

—Me encuentro con un par de personas...

La verdad es que no sabía muy bien si debía alegrarme, o no, de mi nueva relación; al fin y al cabo, había elegido Berlín para ser por fin independiente y desprenderme de ataduras en la medida de lo posible.

En los atardeceres fríos de otoño solíamos ir a pasear por el Ku'damm. Nos quedábamos helados en el camino de regreso a casa y luego cocinábamos juntos *gulasch* y sopa de patatas. De forma insospechada, sigilosamente, en algún lugar entre mi vientre y mi cabeza, una extraña sensación de plenitud empezó a invadirme poco a poco.

Con Ladja fumé marihuana por primera vez en mi vida. Nos sentamos en el alféizar de la ventana de mi habitación y observamos las estrellas. Yo no lo había vuelto a hacer desde que había abandonado mi negra y volcánica isla del mediterráneo. En Berlín solo miraba al cielo cuando llovía o cuando pasaba un avión extremadamente ruidoso. Después de un par de caladas yo ya estaba mareada del todo y también muy cansada. Mi vida, pensaba yo, siempre ha sido una maraña de pensamientos, teorías e ideas embrolladas y caóticas que se difuminaban como el humo en el aire. De todo esto, ahora ya no quedaba nada y solo permanecían la quietud de una noche de invierno y los ojos de gato de Ladja.

—Ya lo aprenderás, Sonia —dijo él—. Fumar hierba es como el sexo. Se necesita tiempo para poder disfrutarlo.

El porrito de la noche se transformó para nosotros en un ritual. De vez en cuando nos sentábamos a fumar con el mejor colega de Ladja, Tomas. Tenía un piso de dos habitaciones en Charlottenburg, muy luminoso, con muebles cuidadosamente elegidos y un equipo de música profesional. Cualquiera podría haber pensado que allí vivía el directivo de una empresa coreana y no un polaco don nadie sin permiso de residencia ni de trabajo. Tomas trabajaba dos veces por semana en un bar y ganaba mucho dinero allí, según me contaba Ladja. Sin embargo, aunque todas estas historias me parecían extrañas y, en cierta medida, sospechosas, decidí entonces que lo mejor era no hacer más preguntas.

Tomas era exactamente lo contrario de Ladja. Era abierto y descarado y siempre estaba de buen humor. Y eso sí, ante todo, estaba totalmente obsesionado con las mujeres. Tenía innumerables ex novias, entre las cuales in-

cluso se encontraba la rica propietaria de un hotel que, según decía, hasta había querido casarse con él. La relación se fue a la mierda porque Tomas conoció a otra mujer en una discoteca.

—Ahora mismo podría estar sentando mi culo en un lujoso Mercedes y tener una mansión de vacaciones en Rügen si me hubiera casado con ella. Pero ¿sabes qué? Sin amor la vida es tristísima, como una fiesta sin música —me explicó un domingo de café y pasteles, después de habernos pasado toda la noche en un club. Nos íbamos casi cada fin de semana al Tresor o al SO36. Allí la música era de puta madre: *tecno*, *trance* y *house*.

Yo todavía trabajaba en el barucho de Wilmersdorf, aunque ya no estaba por la labor. Cuando terminaba mi turno por las tardes, hacia las diecisiete horas, la mayoría de veces ya estaba Ladja esperándome en la puerta. Solía aparecer una media hora antes y se tomaba un café con el propietario italiano, Pino. Rondaba los cincuenta, aunque quería aparentar diez menos, vivía desde hacía treinta años en Berlín y le molaban los coches deportivos, las mujeres brasileñas y la cocaína. Creo que me tomó por una especie de sobrinita, una dulce muchachita sin familia perdida en la gran capital y a la que debía cuidar un poco.

—Esto que estás haciendo es una mierda, pequeña. Si yo fuera tu padre te daría un buen tirón de orejas. Tan joven y ya te has liado con un marginado —me dijo un día mientras yo estaba secando la cubertería. Como yo no reaccionaba, él siguió hablando—. A ver, ¿de dónde te crees que saca el dinero tu querido Ladja? Todos sabemos que vende su cuerpo. ¿De verdad te has creído que consigue la pasta trabajando en algo normal?

Yo estaba de pie en un rincón de la sala y de repente

me quedé muda. No podía defender a Ladja porque verdaderamente no tenía ni idea de lo que hacía durante todo el día. Salí corriendo de allí sin decir una sola palabra y respiré el aire frío y húmedo de noviembre hasta que los pulmones me dolieron más que mi corazón. «Que no sea verdad, por favor», pensé en aquel momento. Nos conocíamos desde hacía seis semanas y tal vez había llegado a sospechar algo, pero quizá preferí no volver a pensar en ello.

Ladja no regresó a casa esa noche y a la siguiente tampoco. No tenía ni idea de dónde podía estar y tampoco ningún número de teléfono donde poder localizarlo. Me senté en la ventana y miré cómo se iban encendiendo las luces en los otros pisos y me imaginé que las familias se estaban sentando a la mesa para cenar y charlar sobre los acontecimientos del día. Yo, en cambio, estaba sola. La libertad que había experimentado tan felizmente durante dos meses ahora solo me dolía. Pensaba en Ladja deambulando en plena noche y con tanto frío incapaz de encontrar su casa. ¿Y si le había pasado algo?

La desaparición de Ladja se prolongó unos cuantos días más. Yo seguía yendo a trabajar cada mañana mirando sin parar mi teléfono móvil y teniendo que soportar la cháchara y los consejos de mis compañeras del bar, que no me ayudaban en nada. Me decían cosas como: «Puedes encontrar a alguien mejor para ti» o «Corta ahora mismo con él, así no te será tan duro».

Tomas tampoco sabía nada. Una vez llamé al timbre de su puerta. En su piso la música sonaba infernalmente alta y en el aire flotaba el aroma dulzón de la marihuana; por si fuera poco, había dos chicas desconocidas sentadas en el sofá, semidesnudas y riendo sin parar. Le pregunté por

Ladja pero se limitó a encogerse de hombros, como si se tratara de un desconocido.

Pasada una semana, un gélido jueves por la noche, llamaron a la puerta. Allí estaba Ladja, de pie y con un ramo de flores en la mano. Me besó tímidamente en la mejilla. Llevaba una chaqueta nueva, una Bomber azul, y olía a lluvia y a calle, como un perro mojado.

Arrojé las rosas al suelo y me fui enfurecida hacia mi habitación. Lo último que quería era una de esas escenitas horteras. Y aún así, cuando Ladja me miró a los ojos, noté cómo cálidas lágrimas caían por mis mejillas.

Ni siquiera intentó encontrar alguna excusa. Quizás no lo eché a la calle por eso mismo. Y así sería con él a partir de entonces, sobre todo cuando más adelante empezáramos a discutir. Yo sabía que no quería o no podía cortar con él. Simplemente, solo deseaba que no desapareciera otra vez. Creo que esa noche me di cuenta de lo que sentía por él, era algo nuevo para mí, pero al mismo tiempo era consciente de que cualquier esfuerzo por luchar contra este sentimiento iba a ser inútil.

A la mañana siguiente, de camino hacia el metro me contó por primera vez algo de su pasado. Su padre era carpintero y su madre cocinera. Tenía un hermano mayor que había formado una familia, y también una hermana un año más joven que él.

—Cuando haga mejor tiempo podríamos ir en coche a Polonia. Tenemos una casita en el campo, allí se pueden hacer barbacoas y observar cómo construyen sus nidos las golondrinas.

Yo apenas le escuchaba. Aún resonaba en mi cabeza la

frase de mi jefe: «¿De verdad te has creído que consigue la pasta trabajando en algo normal?». Tenía que preguntárselo como fuera.

—¿Follas por dinero? —pregunté inesperadamente.

Ladja se detuvo en seco y me miró a la cara.

—Pino me lo ha contado todo— proseguí. —¿Es verdad?

Yo hablaba cada vez más alto y un par de personas que pasaban por la calle se volvieron hacia nosotros para mirarnos. Ladja me cogió por los hombros y me empujó contra una pared.

—Sí, eso hago —dijo entre dientes muy flojito, con la mirada penetrante y dura—. Pero solo por dinero. No me queda otra opción.

La cabeza me amenazaba con estallar y casi no podía respirar. Lo peor de todo eran las cosas terribles que la palabra prostitución despertaba en mi imaginación.

Me vino la imagen de Ladja ligando en la estación de tren con hombres viejos y asquerosos para después desaparecer con ellos en cualquier pensión barata. No quería ni imaginarme lo que haría allí dentro con esos tíos.

Nos habíamos sentado en un banco del parque y yo miraba fijamente la casa de enfrente, donde colgaba una pancarta roja enorme que iba de una ventana a la otra: «Fuck the USA».

Tenía el estómago revuelto y el olorcillo de carne a la brasa que emanaba de un puesto ambulante de *shawarmas* me sentó aún peor.

Entramos juntos en el metro y nos dirigimos en dirección oeste. Ladja se bajó en la estación del jardín botánico. Se despidió de mí y se sumergió en su mundo, que ahora se me antojaba horrible y siniestro.

Hasta el comienzo del primer semestre todavía quedaban en este momento diez meses. Yo había venido a Berlín para ser una estudiante normal. Y ahora me había convertido en la novia de un polaco que trabajaba de chaperero, de puto, de maricón a sueldo. Quién iba a decirme entonces que un día yo misma me iba a encontrar metida en estos ambientes y qué cerca estaba de dar ese paso, el que separa la vida de una estudiante ambiciosa de la de una puta.